

pisos de palcos, ofrece aspecto magnífico cuando está llena de espectadores. La velada prometía ser tan brillante como las de gran gala. La sociedad veneciana, tan perezosa en las circunstancias normales de la vida, aun para darse gusto, había demostrado un gran apresuramiento ante el solo anuncio de las representaciones de *Erin*. Una corriente de simpatía había arrastrado á los *dilettanti*, y la noticia de que el compositor estaba en Venecia y que sin duda asistiría á la ejecución de su obra, había determinado un movimiento de curiosidad, que se traducía por la imposibilidad de encontrar una sola localidad para la función desde hacía dos días. El empresario se frotaba las manos, y como si todo debiese contribuir al éxito de su negocio, la anunciada presencia de un hermano del rey, el duque de Palermo, que había venido expresamente de Padua, donde mandaba un cuerpo de ejército, daba á la solemnidad artística un carácter casi oficial. Todo esto era lo que durante la comida, á la que había asistido Derstal en el hotel Danieli, los Brandón, con tono enfático y particularísimo, habían explicado al autor de *Erin*. Al principio se habían sentido contrariados al saber que Derstal era ya conocedor de lo que se preparaba para la noche. Se habían hecho la ilusión de darle una sorpresa, y el golpe de efecto les había fallado. Harry tomó pronto su partido.

—Verdaderamente—dijo,—habría sido milagroso que Derstal, por aislado que hubiese estado

en la cabaña en donde vive, no hubiese oído el menor eco del ruido que hace en la ciudad. Venecia es una población dormida, estamos de acuerdo; pero alguna vez despierta, y en este momento es presa de un terrible sobresalto. Sepa usted, amigo Derstal, que todas las mujeres hermosas de la aristocracia veneciana estarán congregadas en el teatro esta noche. Y si hay que creer lo que dicen los aficionados, hay algunas que lucen todavía, bajo las blancas mantillas de encaje, los rubios cabellos que pintó el Tiziano.

—El agua oxigenada hace tantas rubias como se puedan desear, á veinte francos el frasco—dijo riendo Susana, mostrándose orgullosa de su negra cabellera.—El rubio veneciano ha pasado á ser de un modo definitivo un objeto de comercio.

—Hé aquí todavía una reputación local que desaparece—dijo Harry.—Por lo demás, aquí desaparecerá todo; y esta admirable ciudad camina hacia su destrucción. Parece que las pilastras sobre las que sus barrios están contruídos se roen y se pudren. ¿Han observado ustedes que el enlosado de San Marcos está ondulado, á consecuencia de la poca consistencia del suelo? Venecia no es más que un decorado espléndido, y no podrá resistir el empuje de los siglos. Esta maravilla desaparecerá entre las olas, del mismo modo que un terrón de azúcar se deshace en un vaso de agua.

—Nosotros construimos nuestras ciudades de otro modo—dijo orgullosamente Brandón,—y

el hierro y la piedra nos garantizan su duración.

—Seamos justos—interrumpió la señora Brandón.—Nuestras ciudades son horribles y casi inhabitables para las personas que no se ocupan exclusivamente de negocios. Su uniformidad ofende la vista, y su suciedad es repugnante, exceptuando los barrios ricos, en los que se toman la molestia de barrer. En cuanto á la existencia, carece de atractivos. Es sombría y monótona.

—Por estos motivos, todos los compatriotas nuestros que tienen ideas refinadas y gustos de lujo vienen á Europa á pasar la mayor parte del tiempo. Nuestros gobernantes se esfuerzan poniendo barreras á la entrada de nuestro país, con el fin de impedir que los extranjeros invadan la América y hagan la competencia á los nacionales; pero si no quieren que todo el dinero ganado al otro lado del océano venga á ser gastado en Europa, tendrán que prohibir la salida de los americanos.

—Entonces, ¿usted no viviría gustosa en su país?—preguntó Derstal á Susana.

—¡Dios me libre! Ahora me sería imposible respirar en él.

—La civilización de Europa—repuso Harry—es el resultado de una cultura intelectual muy prolongada, que ha refinado los cerebros debilitando la raza. Es evidente que el pueblo americano es más vigoroso, más atrevido y más práctico que los pueblos del viejo continente; pero

también se puede afirmar que es muy rudimentario. Sin llegar al extremo de considerarlo como apenas salido del estado salvaje original, se puede decir que en materias de delicadeza tiene que aprenderlo todo. Será grande, porque es fuerte; pero, á medida que engrandezca, su fuerza disminuirá. Llegará á ser anémico á medida que se convierta en distinguido. Su robustez estará en razón inversa con su cultura, y el día en que llegara á tener el sentimiento de las artes, y las practicara como en Europa se practican, estará en vísperas de ser neurasténico, que es el colmo de la civilización.

—Después de esto—dijo riendo Brandón,—vámonos á oír buena música. La góndola nos espera.

La sala de la *Fenice*, resplandeciente de luz, estaba llena de espectadores. Cómodamente instalados en sus butacas, adelantándose á la hora fijada en los carteles, asistían á la llegada de las mujeres que, ricamente ataviadas, iban llenando los palcos. Por una noche, la indiferencia veneciana se había trocado en animación alegre y elegante. Las principales familias de la aristocracia habían querido asistir á la representación. A la izquierda del actor, el gran proscenio estaba reservado para su alteza real y su escolta. El proscenio de la derecha pertenecía á los Brandón. Los amigos de Derstal y el compositor mismo habían llegado antes de levantarse el telón, y paseaban sus miradas por la sala, en la que se confundían el

murmullo de las conversaciones, el zumbido de los instrumentos que se afinaban y los crujidos de las puertas que se abrían y cerraban constantemente.

—¡Qué diferencia con el público de París, tan monótono y estragado!—dijo Derstal.—Aquí todos parecen los espectadores de una representación gratuita. Toda esta gente parece que ha venido con el exclusivo objeto de gozar, y no con el de indemnizarse de las fatigas del día. Todos están en su sitio y no quieren perder una nota, sin preocuparse por lo que de ellos se podrá pensar. ¿Dónde están las señoras que en París querrían llegar al teatro antes de las nueve?

—Vamos; no hable usted mal de los parisien-ses—dijo Harry.—En la sala hay algunos. Estoy viendo á Gabriant cerca de la orquesta.

—¿Qué Gabriant?—preguntó Derstal.—¿El abogado?

—Sí. Tiene un palacio en Venecia, como si descendiese de un Dux.

—Me ha visto, me saluda....

Derstal, algo contrariado, se colocó detrás de Brandón, en el fondo del palco. Pero Susana, con acento burlón, le dijo:

—No se esconda usted, que ahora ya saben que está aquí. Dentro de cinco minutos todos los espectadores estarán enterados de su presencia, pues Gabriant no es hombre que se guarde su descubrimiento. Mire usted, ya está informando á sus

vecinos..... Querido maestro, tiene usted que transigir con los inconvenientes de la gloria. Son las quiebras del oficio.

Gabriant, el talentado y mordaz abogado, cuyos informes han llegado á tener tan grande celebridad, y que en su papel de gran señor gasta espléndidamente su enorme fortuna, se estaba dando el gusto de comunicar á sus vecinos el marqués de Vercelli, presidente del Círculo de la Nobleza, y el pintor español Garzón, el descubrimiento que acababa de hacer en el palco proscenio de los Brandón. Vercelli lo había comunicado por la izquierda á su vecino el general Garalta, y el pintor había dado la noticia por la derecha al armador austriaco Werdein. Así el nombre de Derstal fué circulando de boca en boca y de oído en oído, y momentos después hasta en los palcos era conocida la noticia. Los músicos de la orquesta fueron informados por un espectador, y su director, el maestro Vega, en el momento de sentarse en la silla y empuñar la batuta había fijado los ojos en el palco de los millonarios americanos, sin otro objeto que el de tratar de descubrir á su ilustre compañero. La voz de alarma circuló entre los músicos con extraordinaria velocidad. Ahí está el autor, se dijeron unos á otros, y del mismo modo que un regimiento se dispone á combatir en presencia de su soberano, la orquesta entera se sintió animada de un deseo de perfección tan grande que aseguraba á la obra una ejecución exquisita.

Los tres golpes, dados en medio de un silencio sepulcral, resonaron solemnemente. Vega golpeó su atril con la batuta, y, levantando los brazos, desencadenó la tempestad instrumental de la introducción. En aquel momento el príncipe real entraba en el proscenio que se le había reservado.

Derstal, con los nervios crispados por una emoción imprevista, que le recordaba las sensaciones experimentadas la noche del estreno de *Erin* en la Ópera, escuchaba su música con cierta emoción febril. Se encontraba en un estado de espíritu particularísimo, y con la sorda impresión de que estaba jugando una partida importantísima. ¿Cuál? El éxito de la obra no podía ser puesto en duda, pues desde hacía dos años llenaba todos los teatros de Europa; el mérito de los artistas que cantaban la obra le tenía completamente sin cuidado. No temía por la Gozzoli lo que habría temido si se hubiese tratado de Eva. Su tranquilidad de casi espectador podía, por lo tanto, ser completa. Y, sin embargo, estaba turbado, temblaba y nerviosamente se clavaba las uñas en las palmas de las manos. El descontento que sintió fué muy vivo. Tenía casi vergüenza de sus timideces de principiante; pero, por más que trataba de dominarse, no era dueño de dejar de sentir las.

En aquel momento Susana se volvió hacia él, con el rostro cubierto de intensa palidez, y afectando una alegría que al parecer estaba muy lejos de sentir, le dijo:

—Mientras esto marche bien.....

Derstal pudo entonces darse cuenta de que la joven experimentaba las mismas sensaciones que él, y que su inquietud era común. Esto fué un rayo de luz para su espíritu. Susana se preocupaba únicamente del efecto que iba á producir la obra de Derstal, y Derstal temblaba al pensar que su gloria podía sufrir menoscabo en presencia de la americana. Susana era, pues, quien causaba la turbación del artista, y esa turbación misma explicaba de un modo clarísimo el estado de espíritu en que Derstal se encontraba desde hacía varios meses. Pareció que un velo se desgarraba ante sus ojos, y entonces comprendió hasta qué punto miss Brandón se había apoderado de su espíritu. El recuerdo de Eva Brillant, como evocado por la música que tan divinamente había cantado, se apareció entonces á Derstal; pero fué como un fantasma que palidecía ante el resplandor soberbio y viviente de la triunfante americana. Susana estaba allí, ante él, palpitante y miedosa por la batalla que la obra estaba librando para la conquista del público. El nacimiento de su espalda de nieve, descubierto por el ligero descote de su vestido, se ofrecía á las miradas de Derstal, y su torneado cuello, bajo el casco que formaban sus negros cabellos, se inclinaba delicado y encantador.

Una aclamación se oyó en la sala al terminar un aria, y un estremecimiento agitó á Derstal al

ver el ardor con que la joven, colocada en primer término, aplaudía animando á los espectadores con sus miradas encendidas y arrastrándolos con sus gestos de entusiasmo. Para juzgar la impresión de Derstal, volvió todavía una vez su rostro hacia él, y la animación de su semblante traicionó hasta tal punto sus sentimientos, que el artista, cuyo corazón palpó con violencia, se dijo: «Me quiere.» En un instante volvió á sentirse dueño de sí mismo, como si aquella certidumbre terminase sus angustias y le convirtiese en árbitro de una situación hasta entonces mal definida. Una tempestad de aplausos saludó á Marini y á la Gozzoli, que, emocionados y sonrientes, se inclinaban ante el público, mientras el telón bajaba para levantarse y volver á bajar y levantarse aún repetidas veces.

—¡Triunfo!—exclamó Susana.—¡Triunfo! Mirad qué impresión ha producido el acto en los espectadores. Todos se han entregado.

En efecto; desde las butacas al paraíso, sólo se veían manos que se agitaban aplaudiendo para que el telón se volviese á levantar.

Pero indudablemente los artistas se habían retirado á sus cuartos, pues el telón permaneció caído, y los músicos de la orquesta desaparecieron.

En los pasillos todo fueron conversaciones animadas y entusiastas.

Unos golpecitos sonaron en la puerta del palco de los Brandón, y éste abrió, dedicando una ama-

ble sonrisa al elegante Gabriant, que apareció en el hueco.

—No creo que sea indiscreto que venga á molestarles, para tener la satisfacción de saludar á un glorioso compatriota.

Harry presentó al abogado á su madre y á su hermana.

—El señor Gabriant, á quien conocéis tan bien como todo el mundo.

—Querido maestro—dijo alegremente el abogado estrechando la mano de Derstal,—ésta es una deliciosa sorpresa para sus amigos. No se sabía que estaba usted aquí, y sólo hace ocho días que los periódicos revelaron su presencia, y esto sin decir en dónde vivía usted. De haberlo sabido, habría ido á rogarle que viniese á mi casa. Vivo solo en el palacio Contarini, y le habría dado la habitación del Dux.... Pero veo que no tiene usted nada que lamentar, puesto que es el huésped de estas señoras.... Bien; la Gozzoli no ha cantado mal. Claro que no es lo mismo que la que creó....

Con tacto exquisito, y al ver que las cejas de Derstal se fruncían y que el rostro de miss Brandón palidecía, se detuvo. Como hombre de mundo y conocedor de los hombres, se dijo: «Vaya, vaya, ¿acaso nuestro querido maestro representará el papel de Cristóbal Colón, y estará en camino de conquistar América?» En seguida repuso:

—Señoras, el marqués de Vercelli, chamberlán del rey y vecino mío de butaca, aspira al ho-

nor de serles presentado y de saludar á mi ilustre compatriota. ¿Me permiten ustedes que le traiga?

—Sin duda alguna—dijo la señora Brandón entusiasmada.

Derstal, en un rincón, agitó con impaciencia la cabeza al ver que aquella noche iba á ser exhibido como objeto de curiosidad á todos los espectadores, y que, por lo tanto, se vería obligado á dar gracias á una corte de desconocidos.

—No se entristezca usted—dijo Susana inclinándose de manera que puso á vista de Derstal la espléndida blancura de su seno juvenil.—No hay más que esperar un poco, y en seguida verá usted la apoteosis.

—Mi querido amigo—dijo Gabriant,—si quiere usted cumplimentar á sus intérpretes, yo tendré mucho gusto en llevarle con Vercelli al escenario. Será usted recibido como el mismo Apolo..... ¡Ah! Marini está muy bien—agregó, continuando una conversación empezada con Harry.—Como todos los italianos, canta un poco con la garganta, pero es un admirable instrumento. ¿Qué opina usted, Derstal?

—Ataca bien las notas; es todo lo que veo de claro en su talento; pero me parece que no comprende lo que canta, pues adopta ademanes graciosos y elegantes, en un papel en que todo es sencillez y rudeza..... Es un héroe de guardarropía.

—¡Demontre! El éxito no provoca su indulgencia. No diga usted semejante cosa á los especta-

dores italianos. Encuentran á Marini admirable.

—Esté usted tranquilo—dijo Derstal riendo.—Cuando es necesario, sé mentir tan bien como el primero.

—Perfectamente. Pero, señores, con su permiso voy á retirarme, pues el segundo acto va á empezar. En el próximo entreacto traeré á mi amigo el marqués y su otro amigo Garzón, el gran pintor español, el sucesor directo de Canaletto, en lo que á los paisajes venecianos se refiere. Probablemente traeré más: esta noche todo el mundo querrá serles presentado.

—¡El demonio del entrometido!—murmuró Derstal.—Va á traernos todo el público.

—Cuanto más gente traiga, más grande será el éxito—dijo Brandón.—El duque de Mesina tiene los ojos fijos en usted.

En efecto; su alteza real tenía los gemelos fijos en el proscenio de los Brandón. Sonriendo, se volvió hacia su ayuda de campo y pronunció algunas palabras.

—¡Ah! ¡Ah!—dijo Derstal alegremente.—Éste no se ocupa de mí. Seguramente está hablando de las señoras, para celebrar su belleza y su elegancia.

Susana se volvió hacia el compositor, y fijando en él una mirada en la que se reflejaba una grande emoción, pareció que le hacía homenaje de aquellos elogios, como de un tributo que le pertenecía.

El segundo acto empezó. Era la parte más apa-

sionada de la obra, y en aquel ambiente, calentado por el entusiasmo, ante aquel público tan admirablemente comprensivo, el efecto tenía que ser extraordinario. Como arrastrados por el fuego de la acción y la grandeza de los sentimientos, Marini y la Gozzoli se excedieron y dieron la sensación de la perfección real. Durante veinticinco minutos los espectadores permanecieron abstraídos y encantados escuchando aquella música divina, sin que la representación fuese interrumpida ni por una exclamación ni por un aplauso. La sala en pleno estaba inmóvil, no viviendo más que por los ojos y por los oídos.

Los últimos acentos del coro expiraron desolados é implorantes. Marini dió su grito de desesperación. La Gozzoli cayó inanimada, y como un fuego que ha estado prendiendo largo tiempo y de pronto estalla, la admiración del auditorio se tradujo en gritos delirantes. En la sala no se oían más que clamores furiosos, y sólo se veían brazos que se agitaban, como si una demencia repentina se hubiese apoderado de aquellos espectadores, momentos antes tan inmóviles y recogidos. En aquel instante, y como por un repentino acuerdo de todas las simpatías, los cantantes, los músicos y los espectadores se volvieron hacia el palco en que se escondía Derstal, y aplaudieron con transportes de entusiasmo.

Harry, cogiendo á Derstal por los hombros, le obligó á levantarse y á adelantar hasta la baran-

dilla del palco. Entonces el delirio fué indescribible. La ovación tenía un objeto, pues se dirigía al autor mismo, y el nombre de Derstal, repetido por mil bocas, resonó como un trueno en el teatro. Temblando, lívido y con los ojos velados, el compositor, anonadado por aquella tempestad de admiración, sintió cerca de él á Susana que se estremecía. Fijó sus ojos en la joven, y la vió ante él transfigurada, radiante, como si toda la gloria que subía hacia él en gritos de adoración y gestos de reconocimiento cayese de rechazo sobre ella y la coronase.

Susana cogió una de las manos de Derstal, la estrechó entre las suyas, y entonces un grito de aprobación se dejó oír, como si la muchedumbre sancionase aquel acuerdo y los entregase el uno al otro.

—¡Vaya un éxito, querido amigo!—dijo Gabriant entrando con el marqués de Vercelli,—¡vaya un éxito! Creo que no he asistido á espectáculo parecido en mi larga carrera de *dilettanti*, desde el *Stabat* de Rossini, donde los espectadores se abrazaban de entusiasmo. Señoras, permitan que les presente á mi noble amigo el señor marqués de Vercelli..... El señor Garzón, el gran pintor que ustedes conocen....., y el coronel Versera. Señoras, el coronel Versera, que es el ayuda de campo del duque de Mesina, viene á suplicar á Derstal para que le acompañe al palco de su alteza, que desea complimentarle.

—Vaya usted, vaya usted, amigo mío — dijo Brandón.

—De igual á igual — murmuró Susana, dedicándole una sonrisa.

—Puesto que ustedes me autorizan, voy — dijo Derstal, recobrando su aplomo. — Coronel, estoy á sus órdenes.

Y por los pasillos, en los que los espectadores con simpática deferencia se alineaban para dejar paso y contemplar de cerca al célebre compositor, Derstal se dirigió hacia el palco de su alteza, tranquilo ya con respecto á su éxito, encontrando á Marini y á la Gozzoli excelentes, y disponiéndose á gozar completamente de su triunfo de una noche.

V

Al día siguiente de aquella inolvidable noche, en la que Derstal había saboreado las enervantes delicias de la gloria, los Brandón, con el pretexto de arrancar al artista á la curiosidad ardientemente desencadenada de los importunos, se le habían llevado al hotel Danieli, instalándose después todos juntos á bordo del yate *Ariel*.

—Permanezca usted con nosotros durante una semana — había dicho Brandón al músico. — El tiempo necesario para que se enfríe la pasión de los venecianos, disminuya el celo de los *reporters*

de los periódicos, y volverá, si quiere, á instalarse de nuevo en casa del panadero para terminar su ópera. Pero, ¿acaso no puede usted trabajar á bordo de mi barco? ¿El *Ariel* no le hará sentir las ardientes fantasías del gran Shakespeare? Vamos, no hablemos más del asunto. Permanecerá usted navegando durante ocho días con nosotros. Iremos á las bocas de Cattaro, á Prevesa, en la costa de Dalmacia, y le traeremos de nuevo á Venecia. Entablará usted relaciones con mi sobrino Jim Stewardt, que ha llegado esta mañana de Chicago para darme cuenta de la marcha de nuestros negocios. No es músico, como Harry y mi hija. Es el *business-man* en toda la extensión de la palabra. Le contemplará á usted con el asombro de un salvaje de Far West, y no comprenderá absolutamente nada de su género de vida. A nosotros, que somos sus parientes, nos desprecia ya.

—Vaya por el *Ariel*, por las bocas de Cattaro y por Jim Stewardt, el hombre de la naturaleza— dijo Derstal alegremente. — Confieso que tengo necesidad de reponerme del quebranto que en mi espíritu han causado las felicitaciones de esa magnífica pero fatigosa noche. Respiremos el aire libre, y huyamos de los periodistas.

—Harry y Susana estarán muy contentos, mi querido amigo, pues están entusiasmados con usted. Son dos artistas.

Aquella misma noche, y á bordo del *Ariel*, Derstal se encontró por primera vez con Jim. El